

do tu cuello sobre tu gentil y bien dispuesto cuerpo, y con tanta gracia se declinan los hombros de una parte y de otra, como la torre, que he dicho, está asentada sobre el monte. Dicho del cuello, síguense luego los pechos, y dice:

5. *Tus dos pechos como dos cabritos mellizos, que están paci-  
ciendo entre las azucenas.*

No se puede decir cosa más bella, ni más á propósito, que comparar los pechos hermosos de la Esposa á dos cabritos mellizos, los cuales, demás de la terneza que tienen por ser cabritos, y de la igualdad por ser mellizos, y demás de ser cosa linda, y apacible, llena de regocijo, y alegría; tienen consigo un no sé qué de travesura, y buen donaire, con que roban y llevan tras sí los ojos de los que los miran, poniendo los afición de llegarse á ellos, y de tratarlos entre las manos: que todas son cosas bien convenientes, y que se hallan así en los pechos hermosos á quien se comparan. Dice, que pacen entre las azucenas, porque con ser ellos lindos de suyo, allí lo parecen más: y queda así más encarecida, y más loada la belleza de la Esposa en esta parte (1).

6. *Hasta que sopla el día, y huyan las sombras, voime al  
monte de la mirra, y al collado del incienso.*

*Soplar el día y huir las sombras*, ya he dicho ser rodeo con que se declara la tarde. Pues dice agora el Esposo, que se va á tener la siesta, y á pasar el día hasta la tarde entre los árboles de la mirra y del incienso, que es algún collado donde se criaban semejantes plantas, cuales hay muchas en aquella tierra. Y el decirle agora esto después de tantos y tan soberanos loores como le ha dado, es convidarla encubiertamente á que se vaya con él. Mas vuelve luego la afición, y torna á loar las perfecciones de su Esposa, que son mudanzas muy propias del amor; y dice como en una palabra, lo que antes había dicho por tantas y en tan particular.

7. *Toda eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay falta.*

(1) No se encierra en solo Cristo el amor que su Esposa le tiene, sino en él, y por él abraza á todos los hombres, y los mete dentro de sus entrañas, con una afición tan pura, que en ninguna cosa mira á sí mismo; tan tierna, que siente sus males más que los propios; tan solícita, que se desvela en su bien; tan firme, que no se mudará de ellos, si no se muda de Cristo. (*Nombre de Amado, tomo III, pág. 348*).

Que aunque no lo dice con palabras, porque las de los muy aficionados siempre son cortas, dícelo con el afecto, y es como si dijese: Mas cómo me apartaré de ti, amiga mía, ó cómo viviré ausente ni solo un punto de tu presencia, que eres la misma belleza, y toda tú convidas, y fuerzas á los que te ven á que se pierdan por ti (1)? Por tanto, dice, vámonos juntos, y si es grande atrevimiento, y pido mucho en pedirte esto, tu extremada, y jamás vista belleza, que basta á sacar de su seso á los hombres, me disculpa. Dice más, que nos podremos volver juntos por tal, y tal monte, por el monte Líbano, y por el monte de Amana, por las aldeas, y laderas de Senir, y de Hermon, montes bellos, donde verás cosas de gran contento y recreación para ti; que es aficionarla más á lo que pide con las buenas cualidades del lugar (2), diciendo:

(1) El amor que tienen sus amadores con Cristo, no es un simple querer, ni una sola y ordinaria afición; sino un querer que abraza en sí todo lo que es bien querer, y una virtud, que atesora en sí juntas las riquezas de las virtudes, y un encendimiento, que se extiende por todo el hombre, y le enciende en sus llamas. (*Nombre de Amado, tomo III, pág. 346*).

(2) Antes convidaba el Esposo al alma santa á subir con él al *monte de la mirra*, y al *collado del incienso*, que es lo mismo que exhortarla á crecer en mortificación y devoción, virtudes figuradas en la mirra é incienso; ahora la quiere llevar consigo de monte en monte, esto es, de virtud en virtud, subiendo siempre de una en otra sin temor de tropiezos andando con tal compañía. Porque es verdad, que todos los que caminan por Cristo van altos, y van sin tropiezos. Van altos, lo uno porque suben, suben, digo, porque su caminar es propiamente subir. Porque la virtud cristiana siempre es un mejoramiento y adelantamiento del alma. Y así los que andan, y se ejercitan en ella, forzosamente crecen; y el andar mismo es hacerse de continuo mayores; al revés de los que siguen la vereda del vicio, que siempre descienden.... Lo otro van altos, porque van siempre lejos del suelo, que es lo más bajo; y van lejos de él, porque lo que el suelo ama ellos lo aborrecen, lo que sigue huyen, y lo que estima desprecian. Y lo último van así, porque huelen sobre lo que el juicio de los hombres tiene puesto en la cumbre, las riquezas, los deleites, las honras. Y esto cuanto á la primera cualidad de la alteza. Y lo mismo se ve en la segunda de llaneza, y de carecer de tropiezos. Porque el que endereza sus pasos conforme á Cristo, no se encuentra con nadie, á todos les da ventaja, no se opone á sus pretensiones, no les contramina sus designios, sufre sus iras, sus injurias, sus violencias: y si le maltratan y despojan los otros, no se tiene por despo-

8. *Conmigo del Libano, Esposa, conmigo del Libano te vendrás, otearás de la cumbre de Amana, de las vertientes de Senir, Y Hermón, de las moradas de los leones, y de los montes de los pardos.*

*Libano* aquí no es el monte así llamado, de donde se trajo la madera para el templo y casa que edificó Salomón, de que se hace mención en los libros de los Reyes (III. Reg. VII, 2, y X, 17, 21), que ese monte no estaba en Judea; sino es lo que en los mismos libros se llama *saltus Libani*, el *bosque del Libano*, llamado así por los Reyes de Jerusalén, por alguna semejanza que tenía, ó en árboles, ó en otra cosa con aquel monte. Pues este *bosque* con lo demás que dice, son montes vecinos unos de otros, y que todos ellos están cerca de Jerusalén.

9. *Robaste mi corazón, hermana mía Esposa, robaste mi corazón con uno de los tus ojos, con un sartal de tu cuello.*

(1) No se puede disimular el amor por aquella persona, en que reina; luégo le hace á él mismo pregonero de su pasión. Y aunque todos los demás afectos y pasiones del corazón se pueden encubrir, este vivo fuego, por más cuidado y diligencia que se ponga, no se excusa que no se descubra donde está, que no humee, dé estallidos, y levante llama, que suele ser principio de grandes afanes en los amadores. Que muchas veces acierta uno á amar un corazón rústico, ó altivo, el cual parece que ama también, y se esfuerza á pasar lo que debe, antes que sepa enteramente que es amado; mas después que el otro le descubre la gran revuelta de sus pensamientos, que por su causa le hacen guerra, viendo que lo tiene sujeto, se ensoberbece, y se alza á su mano, y no le muestra el amor que primero. Cosa indigna de nobles corazones, y tanto más es de haber compasión del que en tal modo padece por haber descubierto sus entrañas, cuanto menos en su mano fué dejarlas de descubrir. Pues en este lugar viene ya el Esposo á no poder más encubrir su pena, y comienza tiernamente á

jado, sino por desembarazado, y más suelto para seguir su viaje. (*Nombre de Camino, tomo III, págs. 54 á 56.*)

(1) Falta en el impreso y manuscritos todo lo que se sigue hasta, también esto es apropósito de persuadirle, etc.

mostrar las heridas que en su corazón el crudo amor ha hecho, diciendo: Oh Esposa mia, oh hermosa mia; robado has, herido has mi corazón; herido, y despedazado lo has con solo un ojo tuyo, y con solo un collar de tu cuello: como si dijera, con sola una vista, de una vez que me miraste, y de una vez que yo te vi apuesta y galana. Dando á entender, cuán de súbito se apoderó el amor, y argumentando ocultamente en sus palabras, como si dijese: Si sola una vista tuya, y un collar de los que tú te sueles poner cuando te compones, bastó para rendirme á tu amor; cuánto más fuertes serán para me tener preso todas tus vistas, tus hablas, tus risas, y tu belleza toda junta? Y decirle el Esposo esto agora, y venir en esta coyuntura á descubrirle su corazón, es también á propósito de persuadirle lo mismo que arriba, que se vaya con él por el amor que le tiene, y porque le es á él imposible hacer otra cosa, como aquel que está preso, y puesto en la cadena de sus amores. Que es como si dijese: Pues yo soy tuyo más que mio, no es justo que te desdeñes de mi compañía; y si el campo, y su recreación con que te convidó, no basta para que te quieras venir tras mí, sabe que yo no me puedo apartar de ti ni un solo punto, más que de mi misma alma: la cual tienes en tu poder, porque con los ojos me robaste el corazón, y con la menor cadena de las con que adornas tu cuello, me tienes preso. Y de aquí torna á relatar loando y usando de nuevas comparaciones, las gracias y hermosura de la Esposa: porque el fin, como he dicho, es mostrar, que no puede vivir sin ella, y obligarla con esto á que le siga.

Si no queremos imaginar y decir, que salió ya, y se fué con él, y así juntos y á solas, y cogiendo el fruto de sus amores, encendido el Esposo, como es natural, en un nuevo y encendido amor, lleno de un increíble gozo, habla con mayor y más particular derretimiento, con nueva dulzura y con nuevo regalo. Que es lo que experimentan cada día las almas aficionadas á Dios, que cuando por secreto, é invisible modo les comunica los gustos de su gracia, derretidos de amor, se requiebran con Él, y desentrañan, diciendo mil regalos, y dulzuras de palabras. Y esto viene muy bien con lo que se sigue.

10. *Cuán lindos son tus amores, hermana mía Esposa, cuán*

buenos son tus amores, más que el vino, el olor de tus olores sobre todas las cosas olorosas.

11. *Panal destilan tus labios, Esposa, miel y leche está en tu lengua, y el olor de tus arreos, como el olor del Libano.*

Que es como si junto con ella, y enterneciéndose en su amor, dijese: Oh hermana mia dulcísima y querida esposa, más alegría me pone el amarte, que es la que suele poner el vino á los que con más gusto le beben. Tus unguentos y aceites, que son las algalias, y los demás olores, que traes contigo, vencen á todos los del mundo; en tí, y por ser tuyos, tienen un particular y aventajado olor. Tus palabras son todas miel, y tu lengua parece que anda bañada en miel y leche; y no es sino dulzura, gracia y suavidad, todo lo que sale de tus labios. Hasta tus vestidos, demás que te están bien, y adornan maravillosamente tu gentil persona, huelen tan bien y tanto, que pareces con ellos al bello monte Libano, donde tanta frescura hay, así en las verdes y floridas plantas, como en los suaves olores, que el aire mezcla: porque en aquel bosque, como habemos dicho, había plantas de grande y excelente olor. Que todo lo demás ya está declarado por lo que se ha dicho en otros lugares antes de este.

Prosigue en su requiebro el rústico y gracioso Esposo, y aunque pastor, muestra bien la elocuencia que aprendió en las escuelas del amor. Y así con una semejanza y otra, alaba la belleza extremada de su Esposa, y declara agora enteramente así á bulto toda su gracia, frescura y perfección, lo cual había hecho ántes de agora, particularizando cada cosa por sí. Porque dice, que toda ella es como un jardín cerrado y guardado, lleno de mil variedades de frescas y graciosas plantas y yerbas, parte olorosas y parte sabrosas, y apacibles á la vista, y á los demás sentidos: que es la cosa más cabal, y más significativa que se pudo decir en este caso, para declarar del todo el extremo de una hermosura, llena de frescor y gentileza. Y añade luego otra semejanza, diciendo, que es así agradable y linda, como lo es, y parece ser una fuente de agua pura y serena, rodeada de hermosas yerbas, y guardada con todo cuidado, para que ni los animales, ni otra alguna cosa la turbe. Las cuales dos comparaciones propónelas

al principio juntas, y como en suma, y luego prosigue cada una de ellas por sí más extendidamente, diciendo:

12. *Huerto cercado, hermana mia Esposa, huerto cercado, fuente sellada.*

13. *Las tus plantas, cual jardín de granados, con frutas de dulzuras, juncia de olor, y nardo.*

14. *Nardo y azafrán, canela y cinamomo con los demás árboles aromáticos, mirra, linaloe con todos los principales olores.*

15. *Fuente de huertos, pozo de aguas vivas, que nacen del monte Libano.*

*Huerto cercado*, esto es, guardado de los animales, que no le dañen, y tratado con curioso cuidado; que donde no hay cerca, no se puede criar jardín; ni ménos al alma, que vive sin recelo, y sin recato, ni aviso, no hay que pedirle planta alguna, ni raíz de virtud. *Hermana mia Esposa*, entiéndese, eres tú *huerto cercado*: repítelo segunda vez para encarecer más la significación de lo que dice. *Y fuente sellada*, que es cercada con diligencia, para que nadie turbe su claridad. *Tus plantas*, esto es, las lindezas, y gracias innumerables, que hay, amiga mia, en este huerto, que eres tú, son como jardín de granados con frutas de dulzuras, que es decir, dulces y sabrosas, cuales son las granadas. Y donde también hay *cipero*, y *nardo* con los demás árboles olorosos; y pone un gran número de ellos (1), de arte que viene á ser un deleitosísimo jardín el que pinta. Y tal dice que es su Esposa, tal su belleza y gracia, toda ella, y por todas partes, y en todas sus cosas, graciosa, amable y alindada, como lo es el jardín á quien la compara: que ni hay en él parte desaprovechada, ó por cultivar, que no lleve algún árbol, ó yerba que lo

(1) Los justos de que florece la Iglesia, son significados con nombres de árboles de géneros diferentes. Porque á la verdad el nacer los árboles, y el crecer, y dar fruto, parece negocio que viene todo del cielo, y cosa no hecha por los árboles, sino que la hacen en ellos con pequeña ayuda de ellos, y por orden, y eficacia de otros: que es muy conforme, y semejante á lo que en el negocio de la virtud acontece. Y ni solo en el nacer, y florecer, y dar fruto tienen semejanza con los justos los árboles; mas también en el resistir á lo adverso, y en el mejorarse con la dureza del hierro, y con él siendo heridos y cortados, tornar á renacer de nuevo mejores. (*Exposición de Job, tom. I, pag. 147.*)

hermosee; ni de los árboles, y yerbas que tiene, hay alguna, que no sea de grande deleite y provecho, como dirémos de cada una.

Que según la verdad del espíritu, es mucho de advertir, que en el justo, y en la virtud están juntos provecho, y deleite, y alegría con todos los demás bienes, sin haber cosa que no sea de utilidad y valor; y que no sólo tiene, y produce fruto que deleite el gusto, y con que sustente su vida, sino también posee verdor de hojas, y olor de la fama con que recree, y sirva al bien de su prójimo. Como lo declara maravillosamente el Real Profeta David (Ps. 1.), donde dice, que el justo es como el árbol plantado á las corrientes de las aguas, que da fruto á su tiempo, que está siempre verde y fresco, sin secársele, ni desmayársele la hoja. Y señaladamente es de advertir, que todos estos árboles de que hace mención, son de hermosa vista, y excelente olor; para que quede confundido el desatino de los que se contentan para su salud con la fe que está escondida en el alma, y no hacen caso de las buenas y loables muestras de fuera, que son la hoja y olor, que edifica los circunstantes.

*Cipero.* Dioscórides (1) pone dos maneras de él: el uno es una raíz, que se trae de la India oriental, semejante al gengibre, y de este no se habla aquí. El otro, que es de quien se hace aquí mención, es un género de junco de dos codos, cuadrado, ó triangulado, que á la raíz tiene unas hojas largas y delgadas, y en lo alto hace una mazorca de menuda flor: es aromático, y de grandes provechos, criase junto á las lagunas, y en lugares húmedos, y señaladamente se da en Siria, y en Sicilia, y en español se llama *juncia de olor*, ó *avellanado*, y en latin *juncus odoratus*. *Nardo*, yerba es por el semejante olorosa, y provechosa, de que hay algunas diferencias; y una de ellas se da muy bien en Siria, y Palestina, según dice Dioscórides (2). En España en algunas partes se llama *azumbar*. *Canela*, y *cinamomo*. Hay diferencia sobre el *cinamomo*, si es lo que llamamos canela, ó si es lo que los

(1) Dioscor. lib. I. cap. 4.

(2) De Mat. Medic. lib. I. cap. 6.

griegos llaman *casia*. Galeno dice (1), que el *cinamomo* tiene una suavidad de olor, que no se puede explicar; y es cosa cierta, que el *cinamomo* es una cosa muy delicada en sabor y olor, y de más precio y provecho que la *casia*, aunque le parece en muchas cosas; y lo uno y lo otro se trae hoy dia de la India de Portugal, y según parece son diferencias de canela mejor, y ménos buena. En el original hebreo donde yo volví *canela*, dice *hane*, que algunos trasladan, *calamus aromaticus*, que es otra yerba diferente de la *casia*, y del *cinamomo*, como parece por Dioscórides y Plinio (2), la cual se da en Siria, y es semejante á la juncia de olor; sino que es más olorosa, que ella, y quebrada no se tronza, sino levanta astillas. El *cinamomo*, que puse, es en hebreo, *kinamón*, que los doctos de la lengua dicen, que es *cinamomo*, y el *cinamomo*, dicen, que es *linaloe*: en lo cual se engañan grandemente, como parece en las cualidades diferentísimas, que Galeno y Plinio, y también Dioscórides ponen entre el *cinamomo*, y lo que nosotros llamamos *linaloe*. Y así tengo por más cierto, que las palabras hebreas significan aquello, que yo trasladé. *Con los demás árboles del incienso*, que es, donde se destila y coge el incienso. *Mirra*, entiendo el árbol de donde se coge, que como dice Plinio (3), es de cinco codos en alto, y algo espinoso, semejante á las hojas de la oliva. Y *áloe*, ó *acibar*, esto es, la planta de donde se coge que es pequeña, y de una raíz de hojas gruesas y anchas. Aunque es verdad, que algunos hebreos doctos dicen que *ahaloth*, que es la palabra, que está en este texto, que comúnmente traducen, *áloe*, ó *acibar*, es el *sándalo*, árbol grande, y alto, y de contrarias propiedades con el *acibar*; pero aromático, y cordial, y de buen olor, lo cual el *acibar* no es; que viene mejor con el intento de la Esposa, que es hacer mención de todas las plantas preciadas y olorosas, que suelen, y pueden hermosear más un gentil jardín. Y así dice: *con todos los demás olores preciados*.

(1) Galeno de Simplic. Medic.

(2) Dioscor. de Mat. Medic. lib. I. cap. 13. Plin. Histor. natur. lib. 12. §. 42. y sig.

(3) Plin. Histor. natur. lib. 12. §. 34.

*Fuente de huertos.* Había comparado el Esposo á su querida Esposa, no sólo á un lindo huerto, sino también á una pura, y guardada fuente. Declara agora esto segundo, especificando más en particular las cualidades de aquella fuente, y dice, *f fuente de huertos*: esto es, tan abundante, y tan copiosa, que de ella se saca por acequias agua para regar los huertos. *Pozo de aguas vivas*, esto es, no encharcadas, sino que perpetuamente manan sin faltar jamás. *Que corren del monte Libano*, donde tienen su nacimiento: el cual es, como como habemos dicho, monte de grandes, y frescas arboledas, y muy nombrado en la sagrada Escritura; para que de esto se entienda, que es muy dulce, y muy delgada el agua de esta fuente de que habla, pues nace y corre por tales mineros. Con lo cual queda pintada una fuente con todas sus buenas cualidades, de mucha agua, muy pura y sosegada, muy fresca y muy sabrosa, y que jamás desfallece; para que de la lindeza de la fuente y del jardín entendamos la extremada gentileza de la Esposa, que es como un jardín, y como una fuente.

16. *Sus vuela, cierzo, y ven tú, ábrego, orea este mi huerto, y haz que se esparzan sus olores.*

Esta es una apóstrofe, ó vuelta poética muy graciosa, en que el Esposo habiendo hecho pintura, y mención de un tan bello jardín, como habemos visto, prosiguiendo en el mismo calor de decir, vuelve sus pláticas á los vientos, cierzo y ábrego, pidiéndoles al uno que se vaya, y no dañe, y queme este su lindo huerto; y al otro que venga, y con su soplo templado y apacible le oree, y le mejore, ayudando á que broten las plantas que hay en él; que es un bendecir á su Esposa, y desear su felicidad y prosperidad. Lo cual es muy natural cuando se ve, ó se pinta con afición, y palabras una cosa muy bella y muy querida, bendecirla luégo, y decir que Dios se la guarde (1). Y así el Esposo, en diciendo que su

(1) El medio dia en la sagrada Escritura, y el viento que del medio dia procede, es bien recibido; y al revés reprobado, y desechado el norte, y septentrión: por eso la Esposa para el bien de su huerto llama al ábrego, y le ruega que sople, y al cierzo y septentrión le manda que huya. Y en otra parte dice un Profeta, que del norte vendrá el mal todo... Y conforme á esto entendemos por el norte aquí al espíritu enemigo, y al

Esposa es un jardín, añade y dice: ¡Ay! Dios me guarde el mi lindo jardín de malos vientos; y el amparo del cielo me lo favorezca, y no vea yo rigor y aspereza del cierzo: que como se sabe, es viento frigidísimo, y que por esta causa quema y abrasa los árboles, y las plantas. Venga el ábrego, y sople en este huerto mio con un airecico templado y suave, para que con el calor se despierte el olor, y con el movimiento le lleve, y derrame por mil partes, por manera que gocen todos de su suavidad y deleite.

Y es, según el espíritu, hacer Dios que cesen los tiempos ásperos, y de tribulación, que encogen, y marchitan la virtud, y enviar el temporal templado, y blando de su gracia, en que las virtudes, que tienen raíces en el alma, suelen brotar en público para olor, y buen ejemplo, y gran provecho de otros muchos. Y esta bendición es dicha así, y muy graciosamente, por ser conforme á la naturaleza del huerto, de quien se habla. Porque es regla, que cuando bendecimos, ó maldiciendo aborrecemos alguna persona, ó cosa, la bendición ó maldición ha de ser conforme á la naturaleza, y su oficio de la cosa. Como lo hizo David en aquella lamentación que hizo sobre la muerte de Saul y Jonatás, diciendo (II. Reg. cap. 1, v. 21.): *Oh montes de Gelboé, estériles seáis sin ningún fruto ni planta, privados del beneficio del cielo, que ni rocío, ni agua caiga sobre vosotros.*

---

sentido de la carne mundanal y ambicioso, tan lejos del calor de la caridad que da vida, cuanto del sol están desterradas las partes del norte: los cuales espíritus, y sentidos siempre son causa de frío, y de hielo en el alma abrasando con hielo sus felices plantas, y quitándola el fruto, y entorpeciéndola al bien. Y por el contrario el medio dia es buen espíritu, que la ablanda, y enternece, y la baña con la lluvia del cielo, y así la hace fructuosa, y fecunda, y lucida al alma. (*Exposición de Job, tom. II, páginas 242 y 243.*)